

VIII

Todo el barrio hablaba de la gran vía que iban á abrir desde la Bolsa á la Nueva Ópera con el nombre de calle del Dix-Décembre. Los juicios de expropiación estaban hechos: dos bandos de obreros demolian ya por dos puntos; el uno derribando los antiguos hoteles de la calle Louis-le-Grand, el otro los débiles muros del antiguo Vaudeville; se oía acercarse las piquetas: la calle Choiseul y la calle de la Michodière se interesaban por las casas expropiadas. Antes de quince días el derribo les envolvería en una batahola de ruido y de sol.

Pero aún llamaban más la atención los trabajos empezados en *La Dicha de las Damas*. Se hablaba de haber agrandado el local considerablemente, de almacenes gigantescos con tres fachadas á las calles de la Michodière, Neuve-Saint-Augustin y Monsigny. Mouret, decían, había tratado con el baron Decker, presidente del *Crédito Inmueble*, y ocuparía toda la manzana de casas, excepto la futura fachada de la calle del Dix-Décembre, donde el baron quería hacer un segundo Gran Hotel. Por todas partes *La Dicha* compraba los bajos, las tiendas se cerraban, los inquilinos se mudaban, y en las casas vacías un ejército de obreros empezaba las nuevas obras entre nubes de yeso. En medio de este trastorno general, solamente la casa de Bourras seguía intacta é inmóvil, obstinadamente pegada á las altas murallas coronadas de albañiles.

Cuando al otro día se dirigía Dionisia con Pepé á casa de su tío Baudu, la calle estaba obstruida por una fila de carros que descargaban ladrillos delante del hotel Duvillard. De pié en el dintel de su tienda, Baudu miraba con aire mohino. Á medida que *La Dicha de las Damas* se agrandaba, parecía que *El Viejo Elbauf* disminuía. La joven creyó encontrar las vidrieras más negras, más raquíticas bajo el entresuelo oscuro; la humedad había des-

teñido la muestra, el aspecto de aquella fachada de color plomizo causaba una impresión de angustia y tristeza.

—Vamos—dijo Baudu—tened cuidado, son capaces de pasar por encima de uno.

Una vez dentro de la tienda, Dionisia experimentó la misma opresión al mirarla, sombría víctima de la competencia y de la ruina. Los ángulos vacíos parecían aumentar la oscuridad; el polvo cubría el mostrador y los estantes; un olor húmedo de cueva se desprendía de los fardos de paño, que nunca se removían. En la caja, Mme. Baudu y Genoveva estaban inmóviles y silenciosas como en un retiro que nadie vendría á turbar. La madre doblando arpilleras; la hija, con las manos caídas sobre la falda, mirando el vacío frente á ella.

—Buenas noches, tía mia—dijo Dionisia.—Tengo una gran alegría en volveros á ver, y os suplico me perdoneis si os he dado algun motivo de disgusto.

Mme. Baudu, sumamente conmovida, la abrazó.

—¡Pobrecilla!—repuso;—si no tuviera otros disgustos, me verías siempre contenta.

—Buenas noches, prima—continuó Dionisia, besando las mejillas de Genoveva.

Ésta pareció despertar de un sueño y devolvió los besos, sin encontrar una palabra que decir. Madre é hija cogieron á Pepé, que les tendía sus bracitos, y la reconciliación fué completa.

—Vamos—dijo Baudu—las seis; sentémonos á la mesa. ¿Por qué no has traído á Juan?

—Precisamente lo he visto esta mañana y me ha prometido formalmente venir—dijo Dionisia algo turbada;—pero no debemos esperarle, tal vez le habrá detenido su principal.

No dudando que contaría alguna historia extraordinaria, quería excusarle de antemano.

—Vamos, vamos, sentémonos—repetía el tío, volviéndose luego al fondo de la tienda.

—Colomban, venid á cenar con nosotros; con seguridad, no vendrá nadie entre tanto.

Dionisia no había visto á Colomban. Su tía le contó cómo habían tenido que despedir al otro dependiente y la señorita que había para el mostrador. Los negocios iban tan á ménos, que bastaba Colomban solo, y aún así pasaba las más de las horas desocupado y soñoliento.

En el comedor, á pesar de hallarse en los días más largos del estío, ardía el gas. Dionisia sintió un ligero estremecimiento de frío, causado por la frescura húmeda que se desprendía de las paredes. Como la tienda, la pareció todo sombrío y lastimoso: la mesa ovalada, el cubierto sobre un hule, la ventana recibiendo la luz y el aire de un pestilente y pequeño patio.

— Padre — dijo Genoveva, inquieta por Dionisia — ¿quereis que cierre la ventana? Sube mal olor.

Su padre se sorprendió. Él no percibía nada.

— Cierra la ventana si quieres — respondió por fin. — Pero nos faltará aire.

Efectivamente, faltaba aire para respirar. La cena era nada más que una cena de familia. Despues del potaje, cuando la criada hubo servido el guisado, el tío llevó la conversacion sobre las personas de enfrente. Al pronto se mostró más tolerante y permitió á su sobrina tener una opinion diferente de la suya.

— ¡Dios mio! eres muy dueña de defender esas casas... Cada uno con su idea, hija mia... Puesto que no te ha disgustado el ser puesta en la puerta de la calle, será que tengas razones muy sólidas para quererles; si volvieras á entrar allí no te lo impediría. Aquí nadie se opondría, ¿no es así?

— ¡Oh, no! — murmuró Mme. Baudu.

Dionisia dió reposadamente sus razones como las habia dado en casa de Robineau: la evolucion lógica del comercio, las necesidades de los tiempos modernos, la grandeza de esas nuevas creaciones, en fin, las ventajas crecientes para el público. Baudu, con los ojos abiertos y la boca cerrada, la escuchaba con una visible tension de inteligencia. Cuando terminó, la dijo moviendo la cabeza:

— Todo eso son fantasmagorías. El comercio es el comercio, y nada más... Les concedo que acierten; eso es todo. Por largo tiempo he creído que se hundirian, y me impacientaba; ¿te acuerdas? Pues bien, nada de eso; parece que hoy día sólo los estafadores hacen fortuna, en tanto que los hombres honrados están en la miseria... Considera hasta dónde hemos llegado, yo mismo me veo forzado á inclinarme ante ellos... y me indigno...

Una cólera sorda se iba apoderando de él poco á poco, y al hablar amenazaba en todas direcciones con su tenedor.

— ¡Pero yo permaneceré en pié hasta el último aliento! Nunca *El Viejo Elbauf* hará una concesión; podrá derrumbarse de vie-

jo, pero tendré un placer en que mis huesos sean sepultados bajo sus escombros... Á Bourras le dije: «Vecino, imitais á los charlatanes, vuestras pinturas son una vergüenza.»

— ¿No comes? — interrumpia Mme. Baudu, inquieta al verle arrebatarse así.

— Espera, quiero que mi sobrina sepa mi divisa... Escucha, hija mia: no gruño, no rechisto. ¡Ellos vencen, tanto peor para ellos! Yo protesto; hé ahí todo.

La criada trajo un trozo de vaca asada. Partiòla Baudu con manos temblorosas, pero faltábale ya aquel golpe de vista exacto para hacer partes iguales. La conciencia de su falta le quitaba su antigua seguridad. Por eso decia que le quedaba una sola fuerza, la de la obstinacion en sus ideas, la fuerza de esperar la caída de su casa sin dar un paso á derecha ni á izquierda para evitar le diera en la cabeza. Pepé se figuró que su tío se enfadaba, y fué preciso, para tranquilizarle, darle unos bizcochos que habia delante de su plato. Entónces el tío, bajando la voz, trató de hablar de otra cosa. Por unos instantes se ocupó de los derribos, aprobó la calle del Dix-Décembre, cuya apertura iba á acrecentar el comercio del barrio. Pero de nuevo volvió á *La Dicha de las Damas*; siempre iba á parar á aquel punto. Cuando los carros de materiales obstruyeran la calle se verian envueltos en yeso, y no venderian nada. Además, en fuerza de ser grande sería ya ridícula; los compradores se perderian: ¿para qué entónces los mercados? Á pesar de las miradas suplicantes de su mujer, á pesar de sus esfuerzos, hizo la suma de los negocios del almacén. ¿No era esto inconcebible? En ménos de cuatro años habian quintuplicado la cifra: su venta anual, ántes de unos ocho millones, ascendia á cuarenta desde el último inventario. En fin, una locura, una cosa nunca vista y contra la cual era imposible luchar. Siempre engrandeciéndose, sostenian mil empleados y anunciaban veintiocho secciones diferentes. Ese número de veintiocho mostradores, sobre todo, le ponía fuera de sí. Indudablemente habian repetido algunos, pero otros eran completamente nuevos; por ejemplo, ¡un despacho de muebles y otro de artículos de París! ¿Quién entendia eso? ¡Artículos de París! Es verdad que esas gentes eran tan poco orgullosas, que acabarian por vender pescado. Afectando respetar las ideas de Dionisia, trataba su tío de convertirla á las suyas.

— Francamente, tú no puedes defenderlos. ¿Me ves tú unir una

seccion de cacerolas á mi comercio de paños? ¡Eh? Dirias que estaba loco... Confiesa al ménos que no les estimas.

Y como la jóven se contentaba con sonreir, algo contrariada, comprendiendo la inutilidad de sus buenas razones, repuso:

— En fin, tú estás por ellos. No hablemos más, es inútil que nos enfademos otra vez. ¡Ese sería el colmo, verlos interponerse entre mi familia y yo!.. Vuelve á su casa si te place, pero te prohibo me quiebres más los oídos con sus historias.

Quedaron todos en silencio. Su pasada violencia cedia el puesto á una resignacion febril. En el estrecho comedor, caldeado por la luz de gas, se habia hecho imposible la respiracion, por lo que la criada abrió la ventana, y la húmeda pestilencia del patio llegó hasta la mesa. Acababan de servir patatas guisadas. Cada cual se hacia plato lentamente, sin hablar.

— ¡Mira! — dijo Baudu, designando con el cuchillo á Genoveva y Colomban; — mira esos dos. Pregúntales si quieren mucho á tu *Dicha de las Damas*.

El uno junto al otro en el sitio acostumbrado donde se encontraban dos veces al día desde hacia doce años, Colomban y Genoveva comian con calma, sin pronunciar una palabra. Él, exagerando la expresion de honradez de su cara, parecia ocultar tras de sus párpados bajos la llama interior que le quemaba; en tanto que, pálida, con la cabeza inclinada bajo su abundante cabellera, ella se abandonaba como abrumada por un sufrimiento secreto.

— El año último ha sido desastroso; ha sido preciso retardar el matrimonio — prosiguió el tío. — Por gusto, preguntales cómo piensan de tus amigos.

Dionisia, por complacerle, interrogó á los dos jóvenes.

— Yo no puedo quererles, prima mia — respondió Genoveva.

— Pero puedes estar tranquila, no todos les detestan.

Al decir estas palabras miraba á Colomban, que absorto se entretenia en hacer bolitas de pan; y al sentir sobre él la mirada de la jóven, lanzó frases duras:

— ¡Una tienda indecente!.. ¡Todos más pícaros los unos que los otros!.. En fin, una verdadera epidemia para el barrio.

— ¡Lo oyes! ¡lo oyes! — gritó Baudu encantado. — ¡Vé ahí lo que ellos no tendrán jamás!..

Pero Genoveva, con semblante severo y triste, no quitaba la mirada de Colomban, penetrando hasta su corazón. Él, sintiéndose turbado, redoblaba sus invectivas. Madame Baudu los com-

templaba con inquietud, como presintiendo una desgracia próxima. Hacía algun tiempo que la palidez de su hija la espantaba, hasta el punto de temer verla morir.

— La tienda está sola — dijo por fin, abandonando la mesa, deseosa de terminar aquella escena. — Id, Colomban; creo que hay álguien.

La cena habia terminado. Todos se levantaron. Baudu y Colomban fueron á hablar con un corredor que venia á tomar órdenes. Madame Baudu se llevó á Pepé para enseñarle unas estampas. La criada quitó con presteza la mesa, y Dionisia fué junto á la ventana á mirar el patinillo, cuando al volverse apercibió á Genoveva todavía en su sitio, con la mirada fija en el hule, húmedo todavía por haber sido lavado con una esponja.

— ¿Sufrís, prima? — preguntó Dionisia.

La jóven no respondió, absorta en los pensamientos que la invadian; despues levantó la cabeza lentamente y vió un rostro compasivo inclinado hácia ella. ¿Todos se habian marchado? ¿qué hacia ella todavía en la silla? Una oleada de sangre subió á su garganta, y su cabeza cayó en el borde de la mesa. Lloraba, y sus lágrimas humedecieron la manga de su vestido.

— ¡Dios mio! ¿qué teneis? — exclamaba Dionisia trastornada. — ¿Queréis que llame?

Genoveva la habia asido del brazo y nerviosamente la retenia, diciendo entre sollozos:

— No, no, quedaos... ¡Oh! ¡que no sepa nada mamá!.. Por vos no me importa, pero los demas... Esto es á pesar mio, os lo juro. Es cuando estoy sola... Esperad, ya estoy mejor, ya no lloro.

Estas crisis se repetian, sacudiendo su helado cuerpo grandes escalofríos. Parecia que su nuca no podia soportar el peso de aquella abundante y negra cabellera. Al caer su cabeza sobre los brazos doblados se desprendió una horquilla y vióse envuelta en sus sueltos cabellos. Dionisia, sin hacer ruido por miedo de llamar la atencion, trató de socorrerla. Al desabrocharla el vestido quedó sorprendida dolorosamente al ver aquella delgadez enfermiza: la pobre jóven tenia las descarnadas formas de una vírgen consumida por la anemia. Á dos manos le recogió Dionisia aquellos soberbios cabellos que parecian absorber toda su vida: atólos despues, reuniéndolos para descansarla y darla un poco de aire.

— Gracias; ¡qué buena sois! — decia Genoveva. — ¡Ah, qué delgada estoy! ¿no es verdad? Yo era más gruesa y todo se ha

ido... Abrochadme el vestido, podría mamá ver mis hombros. Le oculto mi estado todo cuanto puedo... ¡Dios mio! ¡qué mal estoy! ¡qué mal estoy!

En la angustia de su debilidad repetía esta frase con voz resignada. Poco á poco la crisis fué pasando y los sollozos disminuyendo. Quedó sobre la silla sin fuerzas, mirando fijamente á su prima. Despues de un corto silencio, la preguntó de repente:

— Decidme la verdad, ¿él la ama?

Dionisia sintió colorearse sus mejillas. Comprendió que se trataba de Colomban y Clara; pero fingiendo no haber entendido, la dijo:

— ¿Á quién, prima mia?

Genoveva movió la cabeza con aire incrédulo.

— No mintais, os lo suplico. Dadme, por favor, una seguridad... Vos debéis saberlo, no tengo duda. Habeis sido compañera de esa mujer; he visto á Colomban perseguiros, hablaros en voz baja. Os daba recados para ella, ¿no es así? ¡Oh! decidme la verdad, os aseguro que eso me hará mucho bien.

Nunca se había hallado Dionisia tan confusa. Bajaba los ojos ante aquella pobre niña tan silenciosa de ordinario y que todo lo adivinaba. Sin embargo, todavía halló fuerza para seguir engañándola.

— Á quien Colomban ama es á vos.

Entonces Genoveva hizo un gesto de desesperacion.

— Está bien, no quereis decir nada... Además, me es igual; los he visto: á él, salir continuamente á la acera para mirarla; á ella, arriba riendo como una condenada... Estoy segura de que se ven fuera.

— ¡Eso no, os lo juro! — exclamó Dionisia, impulsada por el deseo de darle al ménos este consuelo.

Genoveva respiró con fuerza; en sus labios se dibujó una sonrisa:

— Quisiera un vaso de agua — dijo con débil voz de convaleciente. — Dispensad que os moleste. Allí hay en el aparador.

Asió la jarra, y de un solo trago apuró un gran vaso, separando con una mano á Dionisia, la que temía le hiciera daño.

— No, no, dejadme; tengo siempre sed; por las noches me levanto de la cama para beber.

Despues de un nuevo silencio, siguió dulcemente:

— ¡Si supierais! ya hace diez años que estoy acostumbrada á la

idea de este matrimonio. Todavía llevaba mis vestidos cortos, cuando ya Colomban me estaba destinado... Yo no sé cómo despues han cambiado las cosas. De vivir siempre juntos, de estar aquí encerrados sin nada que nos distraiga, he concluido por mirarle como mi marido ántes de tiempo. Ignoro si le amo, me considero su mujer, y ved ahí todo... ¡Y ahora él quiere á otra! ¡Esta idea me daña la cabeza y el corazon, me mata!

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Dionisia, cuyos párpados también se hallaban humedecidos, la preguntó:

— ¿Sabe algo de esto mi tia?

— Creo que sí. En cuanto á papá, está preocupado por otros motivos, y no comprende el daño que me hace retardando este matrimonio. Algunas veces mamá me pregunta inquieta al verme languidecer. Ella nunca ha sido fuerte, y con frecuencia me dice: «Pobre hija mia, has heredado mi debilidad.» Y luégo en estas tiendas no es posible curarse. Ella debe conocer que adelgazo muy deprisa. Ved mis brazos: ¿es esto natural?

Con mano temblorosa volvió á tomar la jarra. Su prima quiso impedir que bebiera.

— Dejadme, tengo sed.

Oyóse la voz de Baudu; entónces, cediendo á un impulso de su corazon, Dionisia se arrodilló y estrechó á Geneveva con un abrazo fraternal, besándola y asegurándola que todo iría bien, que se casaría con Colomban, que se curaría y sería dichosa. Levantóse vivamente porque su tio la llamaba.

— Ven, aquí está Juan.

Era en efecto Juan, azorado, que venía á cenar; al oír que ya habían dado las ocho, se quedó admirado. No era posible, salía entónces de casa de su maestro. Contestáronle en tono de broma que sin duda habia tomado para venir el camino de Vincennes. Mas apénas pudo aproximarse á su hermana, la dijo al oído:

— Ha sido por una chica lavandera, que llevaba la ropa de la colada... He tomado un coche por horas. Dame cien sueldos.

Salió un momento y volvió á cenar, porque Mme. Baudu no permitió de ninguna manera que se marchara sin tomar siquiera una sopa. Genoveva seguía en su habitual silencio é indiferencia. Colomban, detras del mostrador, estaba medio adormecido. La noche se deslizó triste y lenta, animada únicamente por los pasos del tio, que andaba de un extremo á otro de la desierta tienda. Un

solo mechero de gas ardía. La sombra caía del techo como las paletadas de tierra negra en una fosa.

Pasaron dos meses. Casi todos los días entraba Dionisia á distraer un poco á Genoveva; pero la tristeza aumentaba en aquella casa. Los trabajadores de enfrente les tenían en continuo tormento. Cuando alguna vez gozaban una hora de esperanza, una alegría inesperada, bastaba el ruido de un carro de ladrillos, de la sierra de un picapedrero, ó la simple llanada de un albañil, para entristecerlos en seguida. Todo el barrio estaba conmovido; de las empalizadas que cercaban las obras en las tres calles salía un movimiento de actividad febril. Aun cuando el arquitecto se servía de las construcciones existentes, las abría por todas partes para arreglarlas; en el centro, en lo que formaban ántes los patios, construía una galería central, grande como una iglesia, que debía desembocar por una gran puerta en la calle Neuve-Saint-Augustin, centro de la fachada. Al pronto hubo grandes dificultades para establecer los sótanos, por estar llenos de filtraciones de albañales y tierras cenagosas, llenas de osamentas humanas. Después, al atravesar la alcantarilla, se habían preocupado en las casas vecinas por un pozo de cien metros, cuya salida había de ser de quinientos litros por minuto. Á pesar de todo, los muros se elevaban ya hasta el primer piso, y los andamios cercaban la manzana entera. Sin cesar se oía el chirrido de las poleas subiendo las piedras ya labradas, el descargar de las planchas de hierro, el vocerío de aquel pueblo de obreros acompañado del ruido de piquetas y de martillos. Pero sobre todo esto lo que más ensordecía era la trepidación de las máquinas; todo marchaba al vapor, agudos silbidos cruzaban el aire, en tanto que, al menor soplo de viento, una nube de yeso se alzaba, yendo á caer sobre los tejados vecinos como una capa de nieve. Los Baudu miraban desesperados este implacable polvo penetrar por todas partes, á través de las maderas mejor cerradas, posarse en las telas de la tienda, y llegar hasta el lecho: aquel polvo que respiraban les emponzoñaba la existencia.

Por otra parte, la situación empeoraba cada vez más. En Setiembre, temiendo el arquitecto tardar demasiado en concluir, hizo trabajar también por la noche. Establecieron poderosas lámparas eléctricas, y no cesó la actividad; los carros se sucedían, los martillos no descansaban, las máquinas silbaban sin cesar, las fuertes voces parecían levantar y esparcir el yeso. Entónces fué preciso

renunciar á cerrar los ojos: sentían sacudidas en sus alcobas, los ruidos se convertían en pesadillas cuando el cansancio los adormecía. Luégo se levantaban descalzos para calmar su fiebre, y al alzar las cortinas quedaban asustados ante la visión de *La Dicha de las Damas*, resplandeciendo en medio de las tinieblas como una colosal fragua donde se forjaba su ruina. En medio de los muros á medio construir, abiertos con grandes ventanas, las lámparas eléctricas lanzaban grandes rayos azules de una intensidad deslumbradora. Daban las dos de la mañana, las tres, las cuatro, y en el penoso sueño del barrio, el edificio, agrandado por aquella claridad lunar, parecía colosal y fantástico, donde hormigueaban sombras negras de obreros cuyos perfiles gesticulaban sobre la blanca de las nuevas paredes.

El tío Baudu lo había pronosticado, el pequeño comercio de las calles vecinas recibía un golpe mortal. Cada vez que *La Dicha de las Damas* creaba un nuevo despacho, se experimentaba una baja en la venta de las tiendas inmediatas. El desastre se extendía, velase quebrar las casas más antiguas. La señorita Tatin, la lencera del pasaje Choiseul, acababa de declararse en quiebra; Quinette, el guantero, apenas podría resistir seis meses; si Bedoré y hermana, los boneteros, se sostenían todavía, era porque vivían de las rentas ganadas ántes. Además, otras ruinas se iban á unir á éstas, previstas ya hacía tiempo. La sección de artículos de París amenazaba á la tienda de juguetes de la calle de Saint-Roch, de Deslignières, un hombre grueso y sanguíneo; en tanto que la sección de muebles atacaba á los Piot y Rivoire, cuyos almacenes dormían en la sombra del pasaje de Sainte-Anne. Algunos temían que á Deslignières le daría alguna apoplejía, porque se puso fuera de sí cuando vió anunciados en *La Dicha* los portamonedas con un treinta por ciento de rebaja. Los almacenistas de muebles aparentaban burlarse de aquellos locos que se ponían á vender mesas y armarios; pero su parroquia les abandonaba, y el éxito del nuevo despacho se anunciaba formidable. Estaba visto, era preciso inclinarse ante ellos; otros serían aun arruinados, poco á poco todos los comercios se cerrarian, y llegaría día en que sólo *La Dicha* cubriera el barrio con su techumbre.

Al presente, cuando por la mañana y por la noche los mil empleados entraban y salían, se extendían en una fila tan larga sobre la plaza Gaillon, que las gentes se paraban á mirarlos, como se mira desfilar un regimiento. Durante diez minutos las aceras se

veían llenas, y los tenderos, delante de sus puertas, pensaban en su único dependiente, al que no sabían ya cómo sostener. El último inventario del gran almacén, con su cifra de cuarenta millones de venta, había emocionado á la vecindad, corriendo de boca en boca en medio de las exclamaciones de sorpresa y cólera. ¡Cuarenta millones! ¿Soñaba nadie una cosa así? Sin duda la ganancia líquida no pasaba del cuatro por ciento, con los gastos considerables y el sistema de baratura; pero aún así, diez y seis mil francos de ganancia eran una bonita suma, y podían contentarse con un cuatro por ciento cuando se trataba de cantidades semejantes. Contaban que el primer capital de Mouret, los primeros cinco mil francos, aumentados cada año con la totalidad de los beneficios, debía ser ahora un capital de cuatro millones, habiendo pasado diez veces por los mostradores convertidos en mercancías. Cuando despues de comer se entregaba Robineau á estos cálculos delante de Dionisia, se quedaba abrumado, con la vista fija en su vacío plato: la jóven tenía razon; aquella renovacion incesante del capital era lo que daba al nuevo comercio su fuerza invencible. Sólo Bourras negaba los hechos, rehusando comprenderlos, soberbio y estúpido como un guardacanton. ¡Una gavilla de ladrones, ved ahí todo! ¡Unos embusteros, unos charlatanes, á los que amontonarian el mejor dia en la calle!

Baudu, á pesar de su oposicion á cambiar en nada las costumbres de *El Viejo Elbeuf*, trataba de sostener la competencia. Los compradores no venían á él, y él se esforzaba en ir á ellos por mediacion de sus corredores. Había entónces un corredor que se hallaba en relacion con todos los grandes sastres, que saldaba las pequeñas casas de paños y franelas, cuando él queria representarlas. Naturalmente, era muy disputado y tomaba la importancia de un personaje. Baudu estaba en tratos con él, cuando tuvo la desgracia de verlo arreglarse con los Matignon, de la calle Croix-des-Petits-Champs. En seguida, otros dos corredores le estafaron; y un tercero, muy honrado, no hacia nada. Esto era una muerte lenta, sin sacudidas; una disminucion continua en los negocios, clientes perdidos uno á uno. Llegó un dia en que los vencimientos se hicieron penosos. Hasta entónces habían vivido con las economías de ántes, y al presente la deuda empezaba. En Diciembre, Baudu, aterrado por el número de pagarés firmados, se decidió al más cruel de los sacrificios: vendió su casa de campo de Rambouillet, una casa que tanto dinero le costaba

en reparaciones, y cuyos inquilinos no le pagaban cuando tomó aquella resolucion. Esta venta mataba el solo ensueño de su vida; su corazon sufrió como por la pérdida de un sér querido. Tuvo que dar por setenta mil francos lo que le habia costado más de doscientos mil. Aun fué una suerte hallar á los Lhomme, vecinos suyos, á los que decidió el deseo de aumentar sus tierras. Los setenta mil francos podían sostener la casa por algun tiempo. Á pesar de todas las desgracias, la idea de la lucha renacia: con economía en adelante, tal vez podrían vencer.

El domingo que los Lhomme entregaron el dinero, se quedaron á comer en *El Viejo Elbeuf*. Madame Aurelia llegó la primera; fué preciso esperar al cajero, que vino despues, azorado por un concierto de la tarde: en cuanto al jóven Alberto, aceptó la invitacion, pero no asistió. Además, fué una velada penosa. Los Baudu, viviendo sin aire en el fondo de aquel estrecho comedor, sufrieron el espectáculo de la libre existencia que los Lhomme llevaban y de aquella familia diseminada. Genoveva, acobardada con el aire majestuoso de Mme. Aurelia, no desplegó sus labios, en tanto que Colomban la miraba, estremeciéndose al pensar que reinaba sobre Clara.

Al acostarse por la noche, cuando ya Mme. Baudu se hallaba en el lecho, Baudu se paseó largo tiempo en el cuarto. Hacía un tiempo húmedo; por fuera, á pesar de las ventanas cerradas y las cortinas corridas, se oían silbar las máquinas de los trabajos de enfrente.

—¿Sabes en qué estoy pensando, Isabel?— dijo por fin;— esos Lhomme creen bueno el ganar mucho dinero, pero yo no me cambiaria por ellos, si es verdad que prosperan. La mujer nos ha contado, ¿no es así? que ha hecho ya cerca de veinte mil francos este año, y eso la ha permitido comprar mi pobre casa. ¡No le hace! Yo no tengo ya la casa, pero al ménos no voy á gozar de la música por un lado, mientras que tú corres de acá para allá por otro... No, no pueden ser felices.

Bajo la influencia penosa de su sacrificio, guardaba rencor contra los que habían comprado su finca. Cuando llegaba cerca del lecho gesticulaba inclinado hácia su mujer; despues, á la vuelta, junto á la ventana, callaba un minuto y escuchaba el ruido de la obra. Volvia á sus eternas acusaciones sobre los nuevos tiempos: jamas se habían visto dependientes que ganáran más que los comerciantes; ahora eran los cajeros los que compraban las propie-